

RESUMEN COMPLETO

Libro de los Salmos

de la Biblia

La lámpara encendida

Ciento cincuenta canciones

El Libro de los Salmos es una colección de ciento cincuenta poemas de la Biblia. Durante siglos fueron las canciones del pueblo de Israel, cantadas en el templo, en las fiestas, en los caminos y en las noches de angustia.

Muchos llevan al principio el nombre de su autor tradicional. Más de cincuenta se presentan como salmos de David, el pastor que llegó a ser rey y que, según la tradición, tocaba el arpa. Otros se atribuyen a Asaf, a los hijos de Coré, y uno incluso a Moisés.

Algunas de esas cabeceras dan instrucciones para el músico principal, o nombran instrumentos y melodías que hoy ya no conocemos. Y aparece muchas veces una palabra misteriosa, Selah, que quizá indicaba una pausa.

Esta noche no los leemos todos. Te cuento de qué tratan, cómo son, y recordamos algunos de sus versos más hermosos, en la antigua traducción de Reina y Valera.

El camino de los justos

El libro empieza con una puerta de entrada: el Salmo 1. Habla de dos caminos.

Dice: «Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos». Y compara al hombre justo con un árbol plantado junto a arroyos de aguas, que da su fruto en su tiempo y cuya hoja no cae.

Es una invitación a elegir bien, y marca el tono de todo el libro: la vida es un camino, y en él no caminamos solos.

Un rey perseguido

Muchos salmos nacen de momentos concretos de la vida de David. El Salmo 3, por ejemplo, se escribió, según su cabecera, cuando huía de su propio hijo Absalón.

Empieza con miedo: «¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis enemigos!». Y termina con confianza.

El Salmo 4 acaba con un verso perfecto para esta hora de la noche: «En paz me acostaré, y asimismo dormiré; Porque solo tú, Jehová, me harás estar confiado».

La grandeza del cielo

Hay salmos que nacen de mirar la naturaleza. En el Salmo 8, el poeta mira el cielo nocturno y se siente pequeño: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, La luna y las estrellas que tú formaste: Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?».

Y el Salmo 19 empieza así: «Los cielos cuentan la gloria de Dios». El poeta imagina que el día le habla al otro día, y la noche a la otra noche, en un lenguaje sin palabras.

El grito y el pastor

El Salmo 22 es uno de los más desgarradores. Empieza con un grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?». Son las palabras de alguien que se siente abandonado, y que poco a poco recupera la esperanza.

Justo después llega el más famoso de todos, el Salmo 23: «Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará

yacer: Junto a aguas de reposo me pastoreará».

Es el poema de la confianza. Incluso en la oscuridad, dice: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, No temeré mal alguno; porque tú estarás conmigo».

La sed del alma

Otros salmos hablan de nostalgia. El Salmo 42 empieza con una imagen preciosa: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, Así clama por ti, oh Dios, el alma mía».

Y el Salmo 63, escrito en el desierto de Judá, dice que el alma tiene sed, en tierra de sequedad y sin aguas.

El Salmo 46, en cambio, habla de calma en medio del caos. Aunque los montes tiemblen y el mar se agite, el poeta escucha una voz que dice: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios».

El perdón

El Salmo 51 es el gran salmo del arrepentimiento. Según su cabecera, David lo escribió después de su pecado con Betsabé, cuando el profeta Natán fue a verlo.

Es una oración humilde y sincera: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia». Y contiene uno de los versos más repetidos de la Biblia: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio».

El tiempo de la vida

El Salmo 90 es la única oración atribuida a Moisés. Habla de lo breve que es la vida humana comparada con la eternidad: «Porque mil años delante de tus ojos, Son como el día de ayer, que pasó, Y como una de las vigilias de la noche».

Y recuerda, con una sencillez que impresiona: «Los días de nuestra edad son setenta años; Que si en los más robustos son ochenta años».

El Salmo 91, que viene después, es un salmo de protección: el que habita al abrigo del Altísimo vivirá bajo sus alas, seguro.

El salmo más largo

El Salmo 119 es el más largo de toda la Biblia. Es un poema construido sobre el alfabeto hebreo: está dividido en veintidós partes, una por cada letra, desde Aleph hasta Tau.

Todo él es un canto a la palabra de Dios. Y de él viene un verso muy conocido: «Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino».

Los cantos de los peregrinos

Del Salmo 120 al 134 hay un grupo especial, los cánticos graduales. Probablemente los cantaban los peregrinos mientras subían a Jerusalén.

El Salmo 121 es uno de ellos: «Alzaré mis ojos a los montes, De donde vendrá mi socorro». Y dice algo muy tranquilizador para la noche: «He aquí, no se adormecerá ni dormirá El que guarda a Israel».

El Salmo 127 recuerda que, si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen, y que a su amado dará Dios el sueño. Y el 133 celebra lo bueno y delicioso que es que los hermanos vivan unidos.

Junto a los ríos de Babilonia

El Salmo 137 es uno de los más tristes. Recuerda el exilio del pueblo en Babilonia: «Junto a los ríos de Babilonia, Allí nos sentábamos, y aun llorábamos, Acordándonos de Sión».

Los desterrados colgaban sus arpas en los sauces, porque no podían cantar lejos de su tierra. Y prometían no olvidar nunca a Jerusalén.

Nadie está lejos

El Salmo 139 es uno de los más íntimos. El poeta siente que Dios lo conoce por completo: cuando se sienta, cuando se levanta, cuando se acuesta.

Se pregunta: «¿Adónde me iré de tu espíritu?». Y responde que ni en el cielo, ni en el abismo, ni en el extremo del mar estaría lejos. Incluso dice que para Dios «la noche resplandece como el día».

Todo lo que respira

El libro termina con una gran fiesta. El Salmo 150 invita a alabar con todos los instrumentos: con bocina, con salterio y arpa, con flauta, con cuerdas y con címbalos.

Y su último verso cierra todo el libro: «Todo lo que respira alabe a Jah. Aleluya».

Lo que nos dejan los Salmos

Los Salmos recogen todas las emociones humanas: la alegría, el miedo, la culpa, la soledad, la gratitud y la esperanza. Por eso, después de miles de años, todavía se rezan y se leen en todo el mundo.

Son poemas para el día y para la noche. Y quizá esta noche te quedes con uno de sus versos más sencillos: en paz me acostaré, y asimismo dormiré.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.